

## DESPOSORIOS JUNTO AL LECHO DE UN MORIBUNDO

Como sucede generalmente á todos los que sufren de esa forma especial de la parálisis que inmoviliza un lado del cuerpo y á la cual, con ayuda del griego, se le ha dado el nombre de hemiplejía, el marqués Trogoff de Kerbiroet mejoró un tanto, según ha visto el lector en capítulos anteriores, pero fué tan sólo para caer en un estado de mayor gravedad al poco tiempo.

Accediendo á lo que aconsejara Flavia la mulata, hubo de consentir en dar una fiesta en su palacio, cosa que no entraba en sus gustos ni por lo tanto en sus costumbres; pero lo hizo por asegurar la captura del falso conde de Corpo-Santo, y, con esta, la venganza de las innumerables víctimas del audaz aventurero. Sin embargo, cuando autorizó la celebración del baile llevaba ya una porción de días inmovilizado en la cama.

Sucedía con este enfermo una cosa en verdad extraña que nadie podía explicarse y que el doctor Ali observaba aunque sin comprender el porqué de tal fenómeno: cuanto más se paralizaba el cuerpo del anciano, cuanto más inerte hacíase la materia, más las facultades intelectuales recobraban su antigua lucidez.

Comprendía el anciano perfectamente que era llegada su última hora; pero miraba serenamente la puerta por

la que había de entrar á la eternidad. Y lejos de entristecerse ante la inminencia del generalmente temido tránsito, encontraba por el contrario frases de alegre resignación con las cuales procuraba confortar el abatido ánimo del doctor, desesperado porque no encontraba el medio de atajar el paso á la muerte inexorable.

Uno de aquellos días refirió el marqués á su protegido Malatierra cierto recuerdo de la época de su juventud: y de tal lujo de detalles acompañó el relato, que asombrado el ex-marino ante memoria tan privilegiada hubo de manifestar á Ali su convencimiento de que el viejo prócer acabaría por restablecerse completamente, tal vez en plazo breve.

— No lo crea usted, — dijo el médico. — Lo que á usted le parece mejoría no es más que el resplendor postrero de una luz que se extingue por momentos.

Pero el marqués lo había oído.

— En ese caso, — dijo sonriendo con serenidad — espero que me haga usted el servicio de prolongar ese resplandor hasta que la mecha esté enteramente consumida.

El día mismo en que se verificaba la fiesta, cuando Edmée y Jorge estaban aún en las regatas de Nogent, y Amy, seguida de los criados del hotel, dictaba órdenes para terminar cuanto antes los preparativos de la velada, el marqués se quedó solo con Ali durante algunos momentos, y los aprovechó para decirle:

— Ha olvidado usted un encargo, amigo mío, tal vez el de más importancia.

— ¿Un encargo?... Pues no doy en ello.

— Un ataúd. Nos hace falta un ataúd para esta misma noche, y no solo, sino acompañado de todo el aparato fúnebre de que se rodea á un muerto de condición.

— Pero, es que...

— ¿Qué? ¿Me cree usted loco? ¿Le parece á usted que deliro? Pues nada de eso: estoy en mi sano juicio y sé perfectamente lo que me digo. Vamos ahora por partes. ¿Piensa usted capturar esta noche al miserable bandido tras el cual corre usted desde hace tantos años?

— Así lo creo, en efecto.

— Bueno. Y una vez preso, ¿será juzgado?

— En el acto, marqués. Ya sabe usted que nuestro tribunal ha de componerse de todas sus víctimas ó de los representantes de las mismas.

— Perfectamente. Pero ¿cómo piensa usted adornar la cámara en que se verifique el acto del juicio?

— Pues... la verdad, no lo sé; — contestó Ali-Akmet sorprendido por tal pregunta.

— En ese caso permítame usted que se lo diga yo; — repuso el enfermo. — El móvil que nos impulsa á

proceder contra ese hombre, mejor dicho, el agravio que contra él tenemos es el mismo que tienen nuestras dos huérfanas: la muerte violenta de su madre. Creo pues que el asesino debería ser juzgado en el sitio mismo en que cometió su horrible crimen.

— ¿Cómo, en Córcega?

— No, señor, no: aquí mismo. Su padre de usted, amigo Ali, tuvo buen cuidado de hacerme una descripción minuciosa, detalladísima, de cómo estaba amueblada la habitación en que fué asesinada Malaquea Sabielo. Pues para verla, no tiene usted necesidad de salir de aquí; mire en torno suyo; nada ha cambiado. Vea usted esa esquina de alfombra cuya urdimbre han roído los gusanos... es la misma que se empapó con la sangre de la víctima. Esos cortinajes son los que adornaban las ventanas de la quinta corsa. Y ese mueble turco, y ese péndulo, ¿no los reconoce usted? ¡Qué más! Hasta el lecho en que descanso en este momento es el mismo en que sucumbió Ricardo Sabielo.

— En ese caso no falta nada; — murmuró el doctor.

— ¿Cómo que no? Acabo de decirle á usted que falta lo principal, puesto que aun no tenemos ni el ataúd, ni el paño del catafalco, ni por lo tanto el medio de arreglar aquí mismo una capilla ardiente.

— ¿Pero cómo procurarnos todo eso, marqués?

— ¡Bah! Con dinero todo se arregla. Vaya usted cuanto antes, pero usted mismo, á casa de un fabricante, y le encarga para esta noche un ataúd de roble, forrado de plomo, y acolchado interiormente... ¡Ah! No olvide usted decirle que deje un cierto espacio libre entre ambas cajas, la de plomo y la de roble, y que practique, al pie de cada una de ellas, doce agujeros que no se

correspondan; al lado derecho, por ejemplo, del ataúd de roble, y al izquierdo de su forro en plomo. ¿Me ha comprendido usted?

— Sí, señor: pero ¿con qué objeto? . . .

— No le importe á usted, amigo Ali; es una idea mía... Por lo que hace á las colgaduras, creo que no ha de serle á usted difícil procurárselas sin despertar sospechas. Lo malo es que necesitamos también algunos hombres...

— ¿Para qué? — interrumpió Ali; — ¿qué han de llevar ni traer esos hombres?

— Repito que son cosas que yo me sé... Supongamos que no tienen nada que hacer esos hombres; siempre nos serán necesarios para entrar aquí lo que acabo de encargar. Continúo pues. Malatierra ha descubierto no sé donde cuatro de sus antiguos marineros que podrán sernos de gran utilidad. Pero como conviene que no se acuerden de lo que habrán hecho esta noche cuando mañana quieran recordarlo, será preciso darles de beber cuanto les venga en gana. ¡Ah! y vestirlos de modo conveniente.

El doctor movió la cabeza.

— Tendría que ver, — dijo — que después de tomadas todas esas precauciones se nos escapara el conde de entre las manos. ¿Para qué serviría entonces todo ese fúnebre aparato?

— Para mí; — contestó lacónicamente el anciano.

— Por Dios, marqués...

— ¡Silencio! Oigo los pasos de Amy que se acerca; ni una palabra más acerca de este asunto. Procure usted hacer cuanto antes lo que acabo de indicarle. Por lo que me ha dicho usted de esa Flavia, tengo la seguridad de que triunfarán ustedes... Ahora siento haber formado mala opinión de esa mujer, que en estos momentos me inspira gran confianza, créalo usted... Es preciso que todo cuanto acabo de pedir esté en el hotel á las doce de la noche, y que lo haga usted subir enseguida aquí mismo, á este cuarto.

Y sacando de entre las sábanas su descarnada mano, en la que oprimía un pliego cerrado, el marqués añadió en voz baja y acercando á sus labios la cabeza de Ali:

— Si por acaso se me llevase antes la muerte, aquí encontrará usted mi sentencia contra ese miserable.

Y volviéndose hacia la puerta por la que acababa de entrar la mayor de las dos hermanas, continuó hablando con su voz natural, sereno al parecer, después de disimular el pliego mostrado á Ali un instante antes.

— Acércate, mi querida Amy, — dijo, — Estaba pidiendo al doctor que se dé un poco de prisa... La lámpara de mi vida se apaga por momentos.

— No diga usted eso, buen papá; — exclamó la joven, sinceramente emocionada. — Y procure hablar lo menos posible, porque se cansa usted inútilmente.

— ¿Cansarme? No, no lo creas; precisamente esta noche me siento mejor... Tal vez es porque te veo tan hermosa.

En efecto, Amy, que acababa de ponerse el traje de baile, estaba deslumbradora de belleza, radiante de juventud.

— No sabes lo que siento no ser joven, para hacerte la corte; — añadió el enfermo lanzando una maliciosa mirada al doctor que se retiraba. — ¿Y tu hermana? ¿Cómo es que no veo por aquí á ese diablejo? Supongo que no dejará de entrar un momento antes de que empiece el baile...

— ¡Pues no faltaba más! Si no la ha visto usted antes es porque estaba con Jorge en las regatas de Nogent. Hace un momento que regresaron. Ha subido á cambiar de ropa...

— ¿Cambiar de ropa para visitarme? ¿Y desde cuándo tanta etiqueta, niña?

— No, si no es etiqueta, — dijo la joven esforzándose por contener la risa que le retozaba en los labios. — Es que vestidos como estaban, no podían presentarse ante usted.

— Me dejas maravillado. Pues ¿cómo estaban vestidos?

— Jorge de mujer... ¡Figúrese usted!

— ¡Ave María Purísima! Lo oigo y no lo creo. ¡Cómo, Jorge, el correcto gentleman, vestido de mujer! No hay duda, es que se ha vuelto loco.

— En cambio Edmée estaba vestida de hombre.

— ¿Qué dices, muchacha? ¡Edmée vestida de hombre! ¡Habrá locuela! ¿Pero á santo de qué esos disfraces? ¿por qué comprometerse de ese modo?... Y sobre todo ¿por qué no ha venido á verme tal como estaba? Por lo visto en Nogent pierde todo el mundo el seso... ¡Jesús, Jesús!...

— Verá usted, buen papá. Edmée se empeñó en disputar el campeonato del Marne.

— ¡Pobre criatura! Disputar una regata así á hombres entrenados...

— ¡Pues los ha vencido!... Pero ¿qué tiene usted, buen papá? ¿Se pone usted peor? — dijo la joven observando que la cabeza del marqués se deslizaba de la almohada acercándose hacia ella.

— No, no es nada; — repuso el enfermo cesando en su movimiento. — He sentido de pronto así como un peso en las sienas... Además quería verte más de cerca; ese candelabro alumbra tan poco...

— ¿Cómo poco? Pues si hace un momento pensaba que su luz debía hacerle á usted daño.

— Bueno, pues si el candelabro alumbra bien, es que mis ojos se velan; pero el caso es que yo no veo...

El corazón de Amy llenóse de amargura. Inclinándose sobre el lecho, la joven levantó suavemente, blandamente, la cabeza del anciano y con movimiento de madre que vela por el hijo enfermo y que desea no perder ni una de sus sonrisas y espiar cada uno de sus sufrimientos, la hizo descansar sobre uno de sus brazos.

— Yo sé de un buen papá que es malo, muy malo, — dijo — y que dice cosas feas para asustar á los que le quieren.

Y adoptando cierto tono de cómica autoridad añadió:

— El doctor Ali, es decir, la Facultad de Medicina le ha impuesto el silencio, y usted, como si le hubieran ordenado lo contrario, habla más que una cotorra... ¡Ea, se acabaron las preguntas! ¿Le cansa á usted el hablar? pues á callarse tocan. Sin que usted me pregunte yo le diré lo que pueda interesarle, y cuando yo haya acabado, seguirá Edmée...

— Sí, señor, y despues volverá á hablar Amy, y luego yo, otra vez, y más tarde ella, y así sucesivamente, una

charla que no se acabe nunca para castigar al buen papá malo que no quiere obedecer, — dijo Edmée deslizándose entre el lecho y la pared.

Al mismo tiempo al lado del brazo de Amy deslizábase otro, no menos blanco ni menos fresco. De modo que la venerable cabeza del moribundo anciano quedó sostenida por una guirnalda de carne perfumada, mientras que dos rostros encantadores, pletóricos de salud, se inclinaban sobre la facies del marqués, amarillenta y surcada de arrugas.

Tanto Edmée como Jorge, apenas se apearan del coche á su regreso de Nogent, habíanse apresurado á trasladarse á sus respectivas habitaciones; no solamente para vestir los trajes de recepción con motivo de la fiesta de aquella noche, sí que también con objeto de que ninguno de los invitados á la misma, que ya comenzaban á llegar, pudiese verlos con los disfraces de fantasía que adoptaron para correr y ganar el campeonato del Marne.

Una vez vestidos, la primera idea de cada uno de ellos fué la de pasar al cuarto del marqués para enterarse de su estado. Y como se encontraron ambos en los corredores, juntos penetraron en la habitación del enfermo, á la puerta de la cual no velaba ningún criado.

Hizo la casualidad que penetraran en el preciso momento en que Amy reprendía dulcemente á su protector é inclinaba su cabeza sobre la del anciano, por lo que ni éste ni la muchacha pudieron percatarse de la entrada de los dos recién llegados.

De esta circunstancia habíase aprovechado Edmée para deslizarse á la chita callando entre la pared y el lecho y llegar, como un hada bienhechora que de pronto se apareciese en aquella mansión del sufrimiento, á completar el benévolo sermón de su hermana y á llevar al ánimo del paciente un poco más de dulce y bienhechora calma.

Jorge de Mercœur habíase detenido al pie de la cama, y contemplaba extasiado el cuadro, lindo y tierno de veras, que ofrecía la cabeza del marqués apoyada en los robustos brazos de las dos hermanas.

Durante un momento, inconscientemente, guardaron las huérfanas su posición de cariátides, y luego, con

filial ternura, y cada una por un lado, apoyaron ligeramente los labios en las mejillas de su segundo padre adoptivo, enderezándose enseguida para colocar de nuevo sobre la almohada la cabeza del anciano.

Retiróse entonces Amy para hacer los honores de la casa á sus invitados, y quedaron solos cerca del enfermo y con objeto de distraerle, Edmée de Kerbiroët y Jorge de Mercœur, quienes narraron latamente y con profusión de detalles todo cuanto hubo de acontecerles en aquella tarde memorable.

Y el marqués les escuchaba en silencio, sin ánimo para interrumpirles ni aun con un monosílabo, agotadas en absoluto sus escasas fuerzas por la conversación que poco antes sostuviera con el doctor y la mayor de sus pupilas.

Ambos jóvenes se alejaron del lecho del moribundo tan sólo el tiempo indispensable para tomar algún alimento, reintegrándose enseguida á la habitación del marqués, aunque acompañados esta vez del viejo Malatierra, por haber quedado convenido en que los tres velarían al marqués durante toda la noche, puesto que ni Amy ni el doctor podían hacer otra cosa que alguna que otra rápida aparición en la alcoba, debiendo como debía la primera recibir á sus invitados y ocupándose el segundo en una misión grave y misteriosa que reclamaba su presencia en otro sitio.

Así transcurrió algún tiempo, dos ó tres horas. Y cuando la orquesta, instalada en el salón grande del entresuelo, dejó oír los primeros acordes, amarga sonrisa vagó un punto por los labios entreabiertos del enfermo, quien fija la mirada en el techo parecía seguir mentalmente y con atención las diferentes fases de la extraña fiesta que cerca de él se celebraba.

De este modo transcurrió la mayor parte de la noche.

Cuando el doctor, seguido de Amy, dejó el cuarto del enfermo para trasladarse al fondo del parque donde era reclamada su presencia, prodújose en el entresuelo un rumor primero confuso, más acentuado cada vez, cuya causa debía conocer sin duda el marqués, puesto que lejos de alarmarse ó de mostrar por lo menos extrañeza, acentuó aún más la enigmática sonrisa que desde que

empezara la fiesta vagaba por entre sus labios secos y exangües.

¡Cosa extraña! Ninguna de las tres personas que velaban al enfermo pareció enterarse del ruido que llegaba distintamente á oídos del anciano. Tal vez era esto debido á que hablaban en aquel momento, por más de que sostenían la conversación en voz muy baja con la secreta esperanza tal vez de que el marqués, á quien era muy necesario el descanso, acabaría por dormirse.

Edmée, la terrible amazona, estaba de un humor de todos los diablos. La cosa no era para menos. Había aprendido el manejo de toda especie de armas con la secreta esperanza de que tales conocimientos le sirvieran en su día para poner término por su propia mano á la vida del matador de su madre y verdugo de su hermana, y he aquí que cuanto más se prometía á sí misma tomar tan justa y deseada venganza, llegaba el bueno de Ali-Akmet á desbaratar todos sus planes, disponiendo que las cosas se pasaran de modo muy distinto. Había perdido inútilmente su tiempo y gastado sus energías en pura pérdida.

Estas y otras consideraciones del mismo género tenían á Edmée fuera de sí: y acababa de irritarla la tozudez del joven Jorge, quien alegre como niño con zapatos nuevos desde que regresaran ambos de Nogent, importunaba á la muchacha con dicharachos y bromas, inocentes, sí, pero que á ella le atacaban con fuerza los ya crispados nervios.

— Sospecho *goodliness* — le decía — que hubiera usted podido descotar un poco menos ese cuerpo... Claro que yo no me quejo, ¡qué me he de quejar! ¡al contrario! Pero á mi tío le debe parecer eso algo chocante y *unadvised*.

Agotada la paciencia de la joven iba ésta á contestar sin duda, cuando llegó hasta el cuarto rumor de pasos, precedente del corredor.

Un momento después se abría la puerta dando paso al fantástico y macabro cortejo que acababa de poner en fuga á los invitados á la fiesta.

Edmée y Jorge, que no estaban prevenidos, quedaron aterrados al pronto; pero su temor trocóse enseguida en

indignación pensando en el pésimo efecto que aquella inesperada visita debía causar al marqués moribundo.

— ¿Qué es esto? — gritó Edmée tratando de detener á los portadores del féretro para ocultarlo á la vista del anciano. Pero con gran sorpresa pudo ver que éste hacía comprender, con ademanes significativos, que aquellos hombres obedecían órdenes suyas.

La sorpresa de ambos jóvenes era indecible. Ninguno de ellos sabía qué hacer ni qué pensar. A través de la puerta entornada veían cómo iban reuniéndose en el corredor los criados, quienes, persuadidos de que su amo había muerto, procuraban ver lo que ocurría en aquel cuarto, la entrada al cual estábales prohibida. Entre ellos, y como presidiéndoles, estaba Jaime esperando que salieran los marinos de Malatierra, muy ocupados en aquel momento en apartar sillas y butacas con objeto de dejar libre el mayor espacio posible para instalar en él el catafalco.

Por fin, retiráronse aquellos hombres negros conducidos por el ayuda de cámara del marqués á quien Malatierra diera algunas instrucciones en voz baja.

El estado del anciano enfermo debía haberse agravado: su respiración hacía en efecto cada vez más penosa y sibilante.

Edmée se acercó á él.

— ¡Amy y... el doctor! — dijo el marqués con voz apenas inteligible.

¡Cómo se oprimió al oír la voz del corazón de la muchacha! Porque aquella voz, por su sonido cavernoso parecía venir de muy lejos, é indicaba claramente que se hallaba ya próxima la última hora del anciano.

— ¡Pronto, pronto! — dijo á Jorge. — Baje usted al parque y traigase enseguida á mi hermana y á Ali-Akmet. Dígales usted que es buen papá quien lo manda.

Apresuróse el joven á obedecer. No le desagradaba en verdad poder salir, aunque no fuera más que un momento, para respirar un poco más libremente de lo que podía hacerlo en el cuarto del moribundo. Además, como á despecho de su aparente frivolidad, era hombre de excelentes sentimientos, lo que se llama un corazón de oro, hallábase en extremo angustiado presenciando la larga

agonía de su tío sin que le fuese dado hacer nada para evitarla.

Su ausencia sin embargo fué de corta duración. Momentos después regresaba á la estancia, acompañado de las dos personas á quienes fuera á buscar.

— Acércate Amy, — dijo el moribundo tendiendo su mano derecha á la mayor de sus pupilas. Y alargando la otra hacia la más joven, añadió :

— Ven tú también, Edmée.

Estaban las dos muchachas que se hubiera podido ahogaras con un cabello. La emoción, honda, sincera, las embarga por completo. Emoción bien comprensible en aquel solemne instante, que ellas juzgaban que había de tener enorme influencia en el curso futuro de sus vidas. Ambas se acercaron, llevando simultáneamente á sus labios las manos que se tendían hacia ellas.

— Ante todo, — dijo el marqués con voz apenas perceptible — ante todo, hijas mías, permitid que me excuse si mi carácter no fué siempre igual, y si no acerté á prodigaros una afección tan tierna y tan profunda como la de que os hubiera rodeado sin duda el verdadero autor de vuestros días si Dios hubiese querido prolongar su existencia.

— ¡ Ah, buen papá!...

— No, no me interrumpáis; necesito aprovechar el tiempo, porque es poco el que me resta para hablaros. Hago público homenaje de admiración y de gratitud hacia los esposos Akmet. El agradecimiento que profesaban á Ricardo Sabielo se tradujo en una ternura efectiva de la que fuisteis objeto vosotras dos, y que duró tanto como duró la existencia de esos esposos modelo. Aunque no, ha durado más aún que su vida, pues que se continúa después de desaparecidos ellos. Y es que dejaron un hijo cuya ambición única ha sido la de apartar los peligros de vuestro camino y la de procuraros una existencia todo lo dichosa posible. Por lo que á mí respecta, en lo que se refiere á vuestro porvenir poco he intervenido; siento sin embargo no poder continuar esa intervención, no obstante su escasa importancia.

Detúvose un momento el anciano, como si las fuerzas le abandonasen; pero debía ser que pensaba en lo que

aun le quedaba por decir, pues sin esfuerzo aparente continuó tras la breve pausa :

— Antes de separarnos he de hacer algo que me parece el cumplimiento de un deber.

Obedeciendo indicaciones suyas, el doctor y Jorge, que muy emocionados contemplaban la escena al pie del lecho, hubieron de acercarse, colocándose respectivamente á los lados de Amy y de Edmée.

— Hijas mías, — continuó diciendo el marqués — creo no equivocarme asegurando que vuestros dos corazones han hablado ya, aunque tal vez no habéis sabido comprenderles. No os ruboricéis, que nada hay en ello que no sea perfectamente natural y digno. Porque si en realidad yo no me he equivocado, vuestra elección está bien hecha y yo la apruebo con toda mi alma.

Sollozaban las dos hermanas oyendo las lentas palabras pronunciadas por el enfermo, palabras que llegaban por diversas razones hasta lo más hondo, hasta lo más sensible de sus almas delicadas; y mientras el doctor y Jorge contenían á duras penas su emoción vivísima, el honrado Malatierra mascullaba furiosamente su bigotazo gris, con la pretensión de conservar su dignidad y contener un desbordamiento del que hablaba en términos marinos murmurando :

— ¡ Mis escobenes embarcan! — frase que podía traducirse por esta otra : « Mis ojos se llenan de lágrimas. »

— ¡ Papá, buen papá! — exclamó Amy; — tiempo tiene usted de decirnos eso más tarde; cuando se ponga usted bueno.

Por los labios descoloridos del enfermo vagó una sonrisa, en la que había algo de incredulidad y no poco de agradecimiento.

— ¿ No comprende usted que nos da mucha pena? — añadió Edmée.

— Si es así en realidad, — replicó el anciano — esa será la única que os habré ocasionado á sabiendas. Pero tranquilizaos. Voy á pedir os algo. Si me acordáis lo que os pida, conste que vuestro asentimiento no debéis reputarlo como promesa irrevocable... Deseo endulzar mis últimos momentos con el convencimiento, que se hará en

mí cuando me hayáis contestado, de que dejo cerca de vosotras protectores y amigos verdaderamente dignos de sucederme. Escuchad... Querida Amy, ¿consentirías en tomar por esposo al doctor Ali-Akmet, aquí presente, para el cual, y sin que él me haya dicho nada, me permito pedir tu mano?

— ¡ Oh! — balbuceó el doctor llevando una mano á su oprimido pecho y apoyándose en la cama, verdaderamente anonado por aquella inesperada pregunta.

— ¿ Consentirías en ello? — repitió el anciano cuyas veladas pupilas se volvieron hacia la mayor de las huérfanas. — ¡ Contesta!

De pálido que estaba, el rostro de la muchacha se puso colorado como la grana.

— ¡ Sí! — contestó con energía y en voz grave. — Ha sabido usted sorprender los deseos de mi corazón, buen papá.

— ¡ Oh! — repitió por segunda vez Ali-Akmet sucumbiendo al peso de su dicha, generada por la revelación de Amy.

Y mientras, el anciano, que parecía tener prisa, fijándose en Edmée, le preguntó á su vez:

— Y tú, ¿ concederías con gusto tu mano á mi sobrino Jorge de Mercœur para el cual te la pido?

Posible es que la ganadora del campeonato del Marne no se hubiese hecho nunca á sí misma semejante pregunta. Sin embargo, contestó deliberadamente:

— Buen papá, bien sabe Dios que no puedo ni quiero negarle nada á usted, que ha accedido siempre á todos mis caprichos. Pero antes de comprometerme, desearía saber si la proposición de usted es ó no del agrado de su sobrino.

Y no obstante la gravedad de la situación, la terrible muchacha acompañó sus palabras de cierta diabólica sonrisa.

— ¡ *Godwell!* ¿ Cómo que si es de mi agrado? — exclamó el clubman cuya vida parecía hallarse en suspenso esperando la contestación de Edmée á la pregunta de su padre adoptivo. — ¿ Cómo que si es de mi agrado? ¡ Oh, *much indeed, darling!*

— En ese caso, contesto sí.

Tan grande era la alegría de Jorge, que hubo de inclinarse para besar al marqués en la frente.

— Por todo el bien que me hace usted en este momento, — dijo — debería haberle servido de rodillas toda mi vida.

Después de esta fogosa declaración, habló de nuevo el moribundo.

— Si me es dado leer en lo porvenir, — dijo — como he leído en el fondo de vuestros corazones, puedo aseguraros que sereis felices. Ahora, unid vuestras manos en las mías para dar solemnidad á esta promesa.

Obedecieron los jóvenes.

— Asistimos á la aurora de una dicha que mis ojos no verán, — añadió el moribundo. — Pero no importa; me voy satisfecho, cumplido mi deber y asegurada vuestra felicidad.

Un instante después el marqués retuvo tan sólo entre sus manos las de las dos huérfanas, y continuó dirigiéndose al doctor:

— Vaya usted á buscar á su prisionero, Ali, y deje que entren tras él todos cuantos más ó menos directamente han tenido que llorar por causa suya.

— ¡ Pero buen papá, está usted muy débil! — protestaron las dos jóvenes.

— Precisamente por eso quiero presidir, aunque no sea más que un momento, el tribunal de las víctimas, el tribunal de Linch... Y usted, Ali, no se olvide de mi recomendación en caso de que muera demasiado pronto. Hay que hacer justicia, sin el concurso de la ley. La reclama el honor del nombre de Sabielo.